

2. Literaturas latinoamericanas: historia y crítica

Dominique de Courcelles: *Écrire l'histoire, écrire des histoires dans le monde hispanique*. Paris: Vrin (Bibliothèque d'Histoire de la Philosophie. Nouvelle Série) 2008. 405 páginas.

Dominique de Courcelles combina en el título de su libro la Historia con mayúscula con historias con minúscula. Sin embargo, es la Historia la que constituye la base de su obra, hecho que queda claro a partir de la introducción, en la cual esboza su propia concepción de la misma, fundada en las obras de algunos de los grandes historiadores franceses: Paul Veyne, François Hartog, Michel de Certeau, Marc Bloch (pp. 7-11). Su concepción es, por otra parte, lo suficientemente amplia y flexible como para incluir la literatura, retomando con ello una constatación de Paul Veyne, quien sostiene que la historia es una novela verdadera. En la práctica, su concepción se revela aún más amplia, en tanto que incluye la historiografía y la teoría historiográfica, la filosofía, la teología, la novela y las formas híbridas. Así, la autora presenta en su libro un vasto panorama que va desde el siglo VI hasta mediados del siglo XVIII, de Isidoro de Sevilla hasta la relación de las fiestas por la canonización de San Juan de la Cruz en la Nueva España, celebrada en 1730, y lo hace “en la medida en que este período [le] pareció corresponder a un proceso de desarrollo de una cierta ideología de la historia, específica para el mundo hispano” (p. 5)¹. La realización de un programa de esta envergadura es posible gracias a un método que se basa en el uso de casos

ejemplares: la autora se propone “presentar algunos ejemplos de escritura de la historia en España y la Nueva España al fin del medioevo y de la primera modernidad y de reflexionar sobre la noción misma de la escritura de la historia en el mundo hispano” (p. 5).

En los nueve capítulos de la obra que siguen el paso de los siglos, alternan los diferentes géneros mencionados. En el primero, la autora pasa revista a la historiografía española desde San Isidoro hasta fines del siglo XV. El capítulo se cierra con una interpretación del prólogo al *Amadís*, en el cual Montalvo encuadra su novela dentro del contexto de una teoría de la historiografía (pp. 56-61) y al cual la autora agrega, en un epílogo, la teoría historiográfica del historiador valenciano Beuter, del siglo XVI (pp. 62-66). En el segundo capítulo, es la literatura la que tiene el papel central con el *Tirant lo Blanc*, novela, según De Courcelles, del intento frustrado de reconquistar el Oriente perdido a los musulmanes. El Oriente quedará, a partir de la caída de Constantinopla, cerrado para el mundo hispánico, siendo la consecuencia de esto la orientación hacia el Occidente: “A partir de este momento, habrá que dirigirse hacia el Occidente. De este modo se prepara no ya la Reconquista pronto terminada de la Península Ibérica, sino lo que será el descubrimiento y la conquista de las Indias occidentales, los nuevos mundos del Occidente” (p. 92).

Con esto, la autora prepara la transición al tema de la conquista, que trata en el siguiente capítulo, poniendo énfasis en la violencia con la que ésta se realizó: empieza con los fundamentos filosóficos en la *Ética* de Santo Tomás, sigue con la *Brevísima relación* de Las Casas y con la elaboración del derecho de gentes por

¹ Las traducciones del francés son mías.

Vitoria, y termina con el papel desempeñado por Sepúlveda en las Juntas de Valladolid. A este capítulo histórico-teológico-filosófico sigue otro histórico-literario, dedicado a la *Silva de varia lección* de Pero Mexía. La selección de historias antiguas y modernas que lleva a cabo Mexía le permite “renovar la comprensión que España tiene de su propia historia y la del mundo y constituir de una manera sutilmente subversiva, por un conjunto de visiones paradójicas, un espacio público, político, de la palabra para todos los sujetos del rey de España” (p. 165). La *Confesión de un pecador* (1547) de Constantino Ponce de la Fuente es el tema del capítulo V. Para la autora, esta obra es un documento de la toma de conciencia de la autonomía del individuo, hecho que convierte a Constantino en una amenaza para el sistema religioso de su tiempo y que explica la historia dolorosa de su persecución por la Inquisición. En el siguiente capítulo (VI), la autora vuelve a la historiografía, novohispana en este caso, al tratar las obras de Bernal Díaz y de Sahagún, a las cuales agrega el *Peregrino indiano*, poema épico de Saavedra Guzmán. Posteriormente, la autora se ocupará de la teoría de la historiografía de Vives, Páez de Castro, Fox Morcillo y Fray Jerónimo de San José (capítulo VIII). Entre estos dos capítulos historiográficos inserta un capítulo literario (VII) sobre la novela picaresca, la cual considera como una expiación simbólica de la sociedad española en su crisis secular: “por medio del pícaro, la sociedad expía su pecado americano y se cura” (p. 273).

El libro se cierra con las “Solemnes fiestas que a la cononización del místico san Juan de la Cruz celebró la provincia de San Alberto de Carmelitas Descalzos de esta Nueva España, que vio la luz en 1730”. Para la autora, esta relación de fiestas tiene una importancia transcenden-

tal, “en tanto que constituye un punto barroco de culminación del proceso historiográfico [“un baroque point de aboutissement du processus historiographique”] esbozado ya en el ocaso del mundo antiguo en la Península Ibérica, desarrollado en la época de la Reconquista contra los moros y, después, prolongado y renovado con el descubrimiento del Nuevo Mundo” (p. 363).

El libro de Dominique de Courcelles es una obra muy personal, tanto en su mezcla de Historia e historias como en la selección de los textos mismos. Como señalé al comienzo, aspira a esbozar una visión de la historiografía hispana por medio de ejemplos clave. Una excepción la constituye el primer capítulo, en el cual la autora trata de dar una imagen completa de la historiografía española hasta fines del siglo xv, lo que la conduce, al final, a ofrecernos un catálogo de las obras historiográficas de ese siglo, cuyo contenido resume de manera enciclopédica. En los otros capítulos, la autora se dedica, como ha anunciado, a cubrir el vasto campo elegido por medio de ejemplos escogidos. La decisión más personal y curiosa, sin embargo, es la elección de la relación de la canonización de San Juan de la Cruz como punto culminante del proceso histórico que concibe en su obra. Más problemático aún me parece otro punto. En el título del libro, la autora pretende abarcar el “mundo hispano”, aspiración que repite a lo largo de su obra. Sin embargo, se limita a España y la Nueva España, no siendo mencionados el virreinato del Perú o las Filipinas ni una sola vez. En el *Avant-Propos*, se puede adivinar que es la Nueva España la que la interesa pero, por alguna razón, se decidió a mantener la pretensión de abarcar la totalidad del imperio hispano. Queda finalmente la pregunta por “esta cierta ideología de la historia, específica al mundo hispano” que la autora se

propuso responder en su obra (p. 5) –por lo demás, concepción que recuerda el *Volksgeist* de otras épocas–. Confieso que no he encontrado la respuesta a esta pregunta.

Tal vez deberíamos leer el libro como un ensayo. Con esto se justificarían tanto la selección personal de los textos como la exclusión de otros; de igual modo, se justificaría el hecho de que se cite y haga referencia a la investigación anterior sólo de modo aleatorio y esporádico –de vez en cuando se cita alguna obra, en general de autor francés o, en menos ocasiones, mexicano–. Estas críticas no restan valor al libro. Leído como ensayo, la obra de Dominique de Courcelles presenta, en amena lectura, un panorama amplísimo de las letras hispanas que ofrece –incluso al especialista– interesantes observaciones.

Karl Kohut

Mabel Moraña/Carlos A. Jáuregui (eds.): *Revisiting the Colonial Question in Latin America*. Madrid/Frankfurt/M.: Iberoamericana/Vervuert 2008. 296 páginas.

¿En qué consiste “la cuestión colonial”? Los editores, que al mismo tiempo son colaboradores del volumen, dan como respuesta: en la necesidad de una reflexión múltiple sobre *coloniality* y algunas de sus facetas desconocidas o silenciadas. El nivel de abstracción insito en la noción de *coloniality* justifica la acogida de varios artículos –de aguda reflexión crítica– centrados en el alcance de la teoría postcolonial referida a realidades latinoamericanas (por ejemplo, Joshua Lund, *Hybridity, Genre, Race*) junto a otros asentados en diversos hechos y contextos históricos concretos. Así que se siguen

cronológicamente un trabajo sobre claves psíquicas de la violenta praxis conquistadora (Alberto Moreiras, “Notes on Primitive Imperial Accumulation. Ginés de Sepúlveda, Las Casas, Fernández de Oviedo”), otros dedicados a específicas estructuras de poder del proceso colonizador –y a sus víctimas– en el Brasil y en Hispanoamérica, hasta llegar a la situación actual de las mujeres indígenas en el *borderland* norteño y sureño de México (R. Aída Hernández Castillo, “On Feminisms and Postcolonialisms: Reflections South of the Río Grande”).

Tres contribuciones enfocan aspectos sociales de la colonización portuguesa en el Brasil que, como es sabido, tiene un perfil distinto de la de los territorios de la Corona española. Lucia Helena Costigan (“Forgotten Colonial Subjects”) presenta obras y voces de varios cristianos nuevos de ascendencia judía, quienes –como es el caso de Bento Teixeira (1561-1600)– sufrieron la persecución inquisitorial bajo el reinado de Felipe II y que, en el Brasil, formaron algo así como una red de resistencia intelectual contra la ideología expansionista de España. João José Reis se ocupa de “Slave Resistance in Nineteenth-Century Brazil” insistiendo en el significativo auge del comercio de esclavos africanos –en parte consecuencia de las nuevas plantaciones de café– hasta cuando entró en vigor la ley de 1850 prohibiendo, por fin, la importación. El autor muestra con muchos detalles la gran diversidad regional y política de los movimientos de resistencia y de rebelión, que obedecían a líderes comprometidos con distintos grupos étnicos y sus tradiciones de lucha (hausa, congo, bantú).

El aporte más complejo del volumen se debe a Boaventura de Sousa Santos (“Between Prospero and Caliban: Colonialism, Postcolonialism, Inter-identity”, pp.139-182), quien desarrolla su tesis

sobre la situación semiperiférica del colonialismo portugués en relación con el practicado por españoles, ingleses y holandeses, destacando algunas características de la colonización –“imperfecta”– del Brasil, de Angola y Mozambique. En palabras del autor, Portugal, como poder colonizador, no ha asumido eficazmente su “rol de Próspero”, quedándose con una identidad intermedia entre Próspero y Calibán. El último reflejo de estos procesos político-sociales en Europa y en las colonias es la percepción étnica de los portugueses –por ejemplo, en el espacio del Caribe– como grupo aparte de los “europeos”. Estas pocas constataciones sacadas del artículo en cuestión ya ponen de manifiesto el estilo intelectual del autor, quien explota dialécticamente la oposición Próspero-Calibán para describir la especificidad política y psico-social del rol colonizador de Portugal en su historia, desde el siglo xv hasta la revolución de 1974. El lector admirará las intuiciones interpretativas ganadas por esta vía, quedándose, sin embargo, con las dudas de si estas figuras hermenéuticas –Próspero y Calibán– no eclipsan la diversidad política y social de los actores históricos en las distintas fases del proceso colonizador. No siempre son los mismos “portugueses”.

La figura de Calibán como clave hermenéutica para entender la identidad latinoamericana desde una posición postcolonial también está en el centro del artículo de Nadia Lie (“Countering Caliban. Fernández Retamar and the Postcolonial Debate”). Evidentemente, Roberto Fernández Retamar no es el responsable de la canonización veloz de su visión de las relaciones de poder de las tres fuerzas antagónicas: Próspero, Ariel, Calibán. Volviendo al momento histórico de la redacción y primera publicación del ensayo de Fernández Retamar, Nadia Lie

observa cómo la polémica contra *Ariel* de Rodó se conecta con una toma de posición fidelista frente al llamado ‘caso Padilla’. Ampliando el análisis, la autora indica otras trampas escondidas en el uso irreflexivo del emblema *Calibán* para pensar la identidad cultural descolonizada de América Latina.

El peligro de traicionar la complejidad psico-histórica real del Caribe por el uso de nociones ‘correctas’ de la teoría postcolonial es el punto de partida de las reflexiones de Iris Zavala (“The Retroaction of the Postcolonial: The Answer of the Real and the Caribbean as Thing. [An Essay on critical Fiction]”). Basándose en centrales enfoques lacanianos, la autora intenta crear un acceso comprensivo a la pluralidad de las sociedades caribeñas y a sus manifestaciones vitales y culturales.

Siguiendo, aparentemente, el credo postcolonialista –“toda exclusión es fatal”– los editores han reunido en el volumen temas tan distantes como el de Agustín Laó-Montes (“Reconfigurations of Empire in a World-Hegemonic Transition: The 1898 Spanish-Cuban-American-Filipino War”) y el de la reconocida especialista de la cultura colonial Raquel Chang-Rodríguez (“Spanish Women in First New Chronicle and Good Government: The Intersections of Culture and Gender”). Si hay un denominador común en tan heterogéneos aportes, es una estrategia de lectura, a saber, la lectura desconfiada y a contrapelo de textos y eventos considerados como piezas sólidas de la memoria histórica. Un ejemplo particularmente convincente de esta estrategia de lectura es la contribución de Mabel Moraña (“The ‘Indian Tumult’ of 1692 in the Folds of Baroque Celebrations. Historiography, Popular Subversion, and Creole Agency in Colonial México”).

Dieter Janik

Helena Usandizaga (ed.): *La palabra recuperada. Mitos prehispánicos en la literatura latinoamericana*. Madrid/Frankfurt/M.: Iberoamericana/Ver-vuert 2006. 256 páginas.

El presente volumen ofrece al lector unos estudios, ejemplares y muy precisos, de los modos y métodos variados, y en parte poco conocidos, con los que los mitos precolombinos influyeron en la producción literaria de América Latina, dentro de un marco espacio-temporal que se extiende desde el norte de México hasta Chile y que incluye el libro de los reyes y magos mayas quiché del altiplano guatemalteco, el *Popol Vuh*, así como la última narrativa latinoamericana del siglo xx. Empieza este viaje espiritual, que nos lleva a un proceso continuo de la apropiación de otro mundo a través de la mitología antigua de los pueblos americanos autóctonos, con un análisis del ámbito literario argentino (“Relatos de la ausencia: historia, mito y ficción en *La Historia*, de Martín Caparrós y *El entenado*, de Juan José Saer”), realizado por Florencia Bianco. De este modo se detecta la ausencia de lo aborigen en Argentina; ausencia retomada por la literatura como espacio imposible, pero que, gracias a la reflexión historiográfica –el discurso sobre el pasado llevado a cabo para deambular entre los muertos–, se configura en la escritura ficcional. Dunia Gras nos introduce, en “Del espejo enterrado al Mictlán: presencias míticas en Villoro, Fresán y Bolaño”, a una generación de autores que aparentemente se distancia del uso de elementos míticos como símbolo de creatividad artística –válido para la nueva narrativa hispanoamericana (representada por el Premio Nóbel Gabriel García Márquez, entre otros), que ya forma parte de la tradición literaria del mundo nuevo– y que, en cambio, desarrolla sus propias estrate-

gias inconfundibles para captar la fascinación por los mitos aztecas en sus respectivas obras. En su estudio “Tres categorías del mito en *Macunaíma* de Mário de Andrade” – autor brasileño, cuya obra se centra en el carácter nacional (llamado por él “*raça brasileira*”), y que sigue el concepto modernista de la asimilación “antropofágica” de las razas y culturas diferentes del Brasil, con el fin de crear un ente cultural nuevo, siempre que esta teoría se pueda materializar– Marcin Kazmierczak se aproxima a la cultura amazónica, indagando sus orígenes en mitos locales del pasado.

En un intento de reflejar el valor emblemático de este volumen, me permito limitar la reseña de los estudios presentes, en el caso del Perú, a la contribución de la editora Helena Usandizaga, sin dejar de mencionar que el libro, además, contiene otros dos autores que se ocupan de esta región singular por lo que se refiere a su pasado mítico: Magdalena Chocano con “Mito, despojo y elegía por la querencia pastoril en *Yawar Fiesta* de José María Arguedas”, y William Rowe (“El camino de las huacas. Del Inca Garcilaso a José María Arguedas: el chamanismo y las prácticas de lectura”), quien, en sus trabajos anteriores, había examinado uno de los aspectos principales de los estudios culturales –las relaciones entre textos literarios y diferentes ámbitos culturales–, como explica la editora en el prólogo. No sin descuidar el remitir a analogías con la obra de Arguedas, como las que se encuentran en *Los ríos profundos*, por ejemplo, Helena Usandizaga presenta una investigación brillante en el campo de la literatura peruana: “Irradiación semántica de los mitos andinos en *El pez de oro*, de Gamaliel Churata” (alias Arturo Peralta), a modo de aproximación al tema central del libro, y que abre múltiples dimensiones de lectura, iluminando el potencial

creador de los antiguos mitos prehispánicos. Paralelo a los seres más fantásticos que aparecen en la historia de *El pez de oro*, una especie de discurso enunciativo invoca a toda una clase de poderes naturales y de figuras primordiales conectadas con la cosmología mítica de los pueblos andinos, que, según el autor peruano, definen la “escritura americana”. Lo extraordinario en este contexto es que a la enunciación narrativa, que por sí misma es más bien una mezcla de géneros entre poema, novela y ensayo (por su estructura dialógica), le subyace una serie de intertextos inspirados por la lectura de pensadores filosóficos y místicos del mundo occidental —como comenta el propio Churata— que comportan elementos con raíces incluso cristianas, como el dolor fecundo, etc. Pero más que una narración, *El pez de oro* constituye una invocación de rituales chamánicos, donde los espíritus de la naturaleza así como los de los antepasados son igualmente llamados, con el fin de comunicar con ellos de manera interactiva y de tener así acceso al mundo de los dioses y de los muertos, cosa que subraya Usandizaga: la figura mítica del Khori-Challwa (pez de oro), hijo del Khori-Puma, genera la conexión entre el mundo del pasado (comunicación ritual) y el del futuro (su advenimiento), gracias al renacimiento que sigue su descenso al inframundo donde muere en el enfrentamiento con Wawaku (una de las fuerzas oscuras), en la dimensión histórica, existencial y expresiva.

Aún más revelador es el trabajo de José Ignacio Uzquiza, intitulado “Relato del *Popol Vuh*, libro mágico de los maya-quiché”, con casi sesenta páginas, en efecto, el estudio más amplio, que versa sobre un mundo desaparecido pero perfectamente vivo en los cuentos orales que desempeñan un papel predominante en la tradición indígena y que traspasaron las

diferentes generaciones del pueblo maya para alcanzar, al parecer de manera clandestina, una época posterior a los conquistadores hispanos mediante la intervención de un sacerdote cristiano. En su complejidad simbólica, el *Popol Vuh* llega a ser el libro más enigmático de la antigua América —debido también a su forma de escritura única de códices pintados y jeroglíficos—, en la medida en que incorpora una especie de “textura” dinámica de origen rítmico y oral, que sorprende al lector de modo inesperado. (De hecho, Uzquiza, en su estudio, se refiere más bien a un conjunto de relatos compilados del pasado centroamericano, entrelazados mutuamente y que unen la cultura maya clásica con la de los últimos reyes quichés.) José Ignacio Uzquiza interpreta pasajes decisivos del *Popol Vuh*, comparándolos con otras fuentes importantes de los mayas como el *Chilam Balam* y el *Memorial de Sololá*, por ejemplo, por lo que extrae la máxima cantidad de capital simbólico escondido tras palabras supuestamente secretas. La recuperación del mundo mitológico maya, en este caso, aporta conocimientos notorios, hasta el punto de que deja entrever fenómenos representativos de poder mágico, arraigados en la cultura popular indígena y su pluralidad de deidades.

Cierra este volumen excelente e imprescindible Núria Vilanova (“Fronteras coloniales: mitos, ficción y parodia en el Norte de México”), quien nos enfrenta con el impacto de la frontera nortea de México, como punto de partida, para reproducir bajo el trasfondo de los Border Studies el intercambio cultural mexicano-estadounidense, tal y como se manifiesta en la literatura chicana, con referencia a distintas facetas míticas.

Gisela Casañas

Jean-Claude Villegas: *Paris, capitale littéraire de l'Amérique latine*. Dijon: Éditions Universitaires de Dijon 2007. 235 páginas.

Es harto consabido que la capital francesa desde siempre ha desempeñado un papel importantísimo en la creación y la difusión de la literatura latinoamericana. Y también se ha publicado mucho sobre la función de París como plataforma en la génesis del sistema literario latinoamericano.¹ Sabemos además que –por lo menos en lo que toca a la literatura de América Latina– París ha perdido esta posición clave desde hace algunas décadas en provecho de otros centros simbólicos como Madrid o Barcelona. En consecuencia, nos sorprende el título de este libro en los tiempos de globalización, que son poco orientados hacia una mundialización universalista de tipo filosófico del siglo xx.

Leyendo el estudio de Jean-Claude Villegas sobre la función de París como capital literaria de América Latina, uno se da cuenta de los mecanismos de la recepción del sistema literario del subcontinente americano, particularmente en la contribución de la red cultural francesa para la difusión de las obras en un nivel internacional, y en consecuencia, para la consagración universal. Como el autor es especialista en los estudios de la recepción de la literatura latinoamericana en Francia, es decir, que conoce no solamente los procesos de la génesis de la literatura transatlántica, sino también el sistema de la con-

sagración cultural francesa, nos ofrece un estudio profundo y pertinente de dichas relaciones.²

La problemática de la literatura latinoamericana es –según el autor– el dilema entre localismo y globalismo, es decir, de la posición específica de los escritores así como de sus textos. Por la posición de las voces latinoamericanas dentro de las fronteras de su nación respectiva, y al mismo tiempo, por la necesidad de transgredir estos límites, surge la problemática esencial, cuya solución se ha operado de diferentes maneras en el proceso histórico del siglo xx. En el estudio de Villegas, la capital francesa toma el papel de puente, o mejor, de catalizador para resolver este dilema. Al demostrar este hecho, el autor se apoya en la metodología de Pascale Casanova, e indirectamente en la de Pierre Bourdieu, siguiendo el argumento de que el sistema literario internacional funciona como una “República mundial de las Letras”, cuya producción y cuyas pautas de reconocimiento dependen de la relación de las fuerzas existentes entre las culturas dominantes y las culturas dominadas.³ En esta relación está surgiendo una nueva geografía cultural, en la cual la nación literaria corresponde no tanto a los límites de una nación política sino más bien al balance de fuerzas que hay entre las culturas e idiomas. Según esta metodología, se puede demostrar que los escritores latinoamericanos viviendo a veces lejos del centro, han podido desarrollarse y difundir sus textos gracias al centro. En París y por París, las voces se desarrollaron y obtuvieron una posición más o

¹ Véanse, por ejemplo, Karl Kohut: *Escribir en París*. Frankfurt/M.: Vervuert 1983; Pierre Rivas: “Fonctions de Paris dans l'émergence des littératures latino-américaines”, en: *París y el mundo ibérico e iberoamericano: actas del XXVIII congreso de la Sociedad de hispanistas franceses (SHF)*. Paris: Université de Paris-X-Nanterre, 1988.

² Ver Jean-Claude Villegas: *La littérature hispano-américaine publiée en France, 1900-1984*. Paris: Bibliothèque Nationale/CNRS 1986.

³ Compárese Pascale Casanova: *La République mondiale des Lettres*. Paris: Seuil 1999.

menos visible en esta República mundial de las Letras, tal como la entiende Pascale Casanova. En consecuencia, el acceso al reconocimiento literario de los modernistas como él de Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa y muchos otros, siguió por unas pautas comparables.

Orientándose en esta metodología, el estudio de Jean-Claude Villegas ofrece una historia enriquecida por los procesos de consagración de la literatura de América Latina. En tres capítulos Villegas describe este génesis, empezando por los comienzos muy frágiles del sistema literario del subcontinente latinoamericano, pasando por las estrategias de reconocimiento para terminar en la apropiación y la expresión del valor literario. El autor ve el principio de este proceso de transgresión de las fronteras en la empresa de los modernistas. Son ellos los que se orientaron hacia París y sus simbolistas para romper con la condición localista nacional y llegar a una posición de escritura universal, que no encontraron en la España de la época sino en la capital francesa. París les ofreció un espíritu abierto comparado al ambiente de asfixia en sus culturas respectivas. Dejaron así una tradición literaria particular para introducirse en un movimiento nuevo y enriquecedor de la literatura mundial: “Como ciudadanos del mundo, pero sin renunciar por lo tanto enteramente de sus orígenes nacionales, firman así el acta de nacimiento de la literatura latinoamericana” (p. 16).

Durante el siglo xx se podía observar un desarrollo paralelo en el sistema literario de América Latina. Por un lado se puede observar el auge de unos autores a nivel internacional, especialmente desde los comienzos de los años sesenta; por el otro surgen muchos autores dentro del ambiente nacional respectivo, aislado así de la capital de la República mundial de Letras. Uno de los prototipos en la pene-

tración a la dinámica global ha sido el autor peruano Mario Vargas Llosa, cuya novela *La ciudad y los perros* (1962), publicada por Carlos Barral en Barcelona, inició un cambio importante en el proceso del mercado de la literatura latinoamericana. Para Villegas, este proceso se puede explicar fácilmente por las condiciones necesarias para la acesión a la República. Primero se necesita una presencia activa del autor en Europa, enseguida parece indispensable un reconocimiento por París, y por fin, una escritura rompiendo no solamente con las tradiciones latinoamericanas, sino también con las que están vigentes en Barcelona o París (p. 27). Hay que añadir los cambios de la globalización en la industria del libro en esta época, así que el mercado de los libros hispanófonos será dominado por las grandes capitales europeas. La editora francesa Hachette posee grandes partes de la casa Salvat; la editora alemana Bertelsmann participa en la dirección de las filiales de Planeta como Sudamericana; Mondadori entra en Grijalva, Alfaguara en Aguilar y Grijalbo (p. 28).

Villega subraya el hecho de que, hasta la época del *boom*, los autores latinoamericanos difícilmente podían vivir de su pluma. Recuerda los primeros pasos del futuro premio Nobel, Miguel Ángel Asturias, cuya novela *El señor presidente* (1946) no pudo ser publicada sin una ayuda económica sustancial por uno de los familiares del autor. Tampoco Alejo Carpentier lo tenía fácil, cuando quiso publicar sus novelas *El reino de este mundo* (1949) y *Los pasos perdidos* (1953) en México. Pero hasta hoy día, la lista de los autores latinoamericanos que no pueden vivir de su escritura es larga. Son solamente algunos que –siguiendo a Mario Vargas Llosa– han podido entrar en el sistema internacional de la literatura. Sabemos que hay dos carreras paralelas a la

literatura que han sustentado –y marcado– a los autores latinoamericanos, es decir, el periodismo y el servicio diplomático. Las dos carreras son casi emblemáticas para el apoyo económico de los autores procedentes del subcontinente hispanoamericano.

La generación de las vanguardias, situada entre el Modernismo y el *boom*, siguió por los mismos caminos franceses, con la diferencia de que se interesaron generalmente más –que los modernistas– por la vida política y que se pusieron a descubrir y a valorizar la americanidad de sus culturas de origen. Esta generación se concentró en Francia por los hechos de la Guerra Civil española. Los autores se encontraron en París no solamente con los intelectuales franceses, sino también con los refugiados españoles o con sus compatriotas latinoamericanos. Villegas ve aquí una prueba de su idea según la cual la metrópoli francesa funcionaba como plataforma importante para los escritores latinoamericanos, quienes tenían una posibilidad de descubrir sus rasgos comunes y diferentes a la vez.

En la segunda parte de su libro, Villegas se concentra en las estrategias de reconocimiento, analizando y describiendo las formas lingüísticas puestas en escena por los autores latinoamericanos. Mientras los modernistas cultivaron una especie de “galicismo mental” o “pensar en francés, escribir en español” (p. 76), otros autores –sobre todos los de las vanguardias– se distanciaron de este modo de expresión para buscar, al contrario, un idioma regional y auténtico. La generación del *boom* buscó nuevas formas estilísticas para sorprender a sus lectores europeos. Algunos de estos autores mantenían el español como lengua de su expresión literaria, otros optaron por el francés (u otro idioma), de manera que la lengua de escritura no correspondía siempre con la nacionali-

dad del autor. Los fundadores de este tipo de escritura como José María de Heredia, Isidore Ducasse (Lautréamont), Jules Laforgue o Jules Supervielle tenían ciertas afinidades particulares al francés, pero habían nacido en América Latina y optaron por el francés, lo que es una prueba para Villegas de la no-coincidencia entre cultura de origen e idioma elegido. Persiguiendo esta reflexión, el crítico llega a ejemplos contrarios como Hernando de Bengoechea, quien optó por el francés pensando en español, es decir el antípodo de la escritura de los modernistas. Otro ejemplo revelador es César Moro (Alfredo Quíspes Asín), quien contribuyó a la escritura bilingüe preparando el terreno de la escritura del exilio (pp. 102 s.). El pasaje de un idioma a otro se practica también en otros autores, como por ejemplo en la obra de Vicente Huidobro. Villegas interpreta esta opción por el francés o por el bilingüismo como una aspiración a la abertura hacia lo universal, dejando atrás un localismo agobiante y opresor. El empleo del francés parece garantizar una sensación de haberse liberado de las tramas tradicionales.

Uno de los ejemplos más representativos del cambio de un territorio lingüístico a otro se encuentra en la persona y en la obra de Héctor Bianciotti, escritor argentino exiliado en París. Se presentan aquí las motivaciones del autor, quien, a mediados de su camino profesional, había cambiado de idioma y perseguido la escritura en francés, de tal manera que sus obras recientes siguen siendo traducidas al español no por él mismo, sino por traductores profesionales. Héctor Bianciotti no solamente escribió en francés, sino que incluso entró en la Academia de las Letras francesas, lo que constituye un hecho extremadamente revelador en lo que concierne a la sensibilidad de la venerable Institución para las escrituras del exilio, o

mejor, para los espacios inter o transculturales. Villegas subraya por este hecho de que la opción por el bilingüismo o el salto al idioma del exilio confirma la imposibilidad de describir o de ilustrar toda la complejidad de las culturas respectivas. El exiliado tiene la posibilidad de ver a doble terreno, lo que crea nuevas formas de percepción y de escritura.

Otras posibilidades de elaborar una escritura particular es la opción por un idioma literario o por un idioma popular. Villegas se concentra en la situación de la literatura argentina, en la cual se enfrentaron los modelos de Roberto Arlt o Leopoldo Marechal, representantes de la expresión popular de Buenos Aires, y Jorge Luis Borges, el escritor culto por excelencia.

En el transcurso del estudio, el lector entra en muchas otras particularidades de la recepción de los autores y textos por la red parisina. Así se entera de la entrada de Miguel Ángel Asturias, “un maya en la Sorbona” (p. 119 ss.), en el mundo francés, como se forjó su carrera hacia el premio Nobel en 1967, tanto como los ingredientes comunicativos adyacentes. Se entera también de un contra-ejemplo en la persona de Arturo Uslar Pietri, cuyos textos nunca se conformaron con el horizonte de las expectativas parisinas. Con una perspectiva bien aguda, Villegas logra explicar la reacción de los espíritus de la geometría y de la fineza a ciertos tipos de escritura en una época definida. Resulta muy esclarecedor penetrar en el ambiente de los editores, sus representantes, sus afinidades ideológicas o personales, el arte de los traductores, las cuestiones materiales para sobrevivir en la metrópoli, las ayudas y los obstáculos para los autores en su búsqueda de expresión literaria. Es altamente revelador como autores profundamente diferentes, como, por ejemplo, Pablo Neruda y Jorge Luis Borges, han

sido recuperados por la red, y en qué momento se ha producido el éxito de sus obras. No se deja de lado tampoco el impacto de la causa cubana en esta red de difusión cultural.

Como Villegas es especialista del terreno discursivo parisino y conocedor de los representantes prominentes del mundo literario, ha llegado a ofrecer una síntesis muy densa del diálogo de las culturas en el ambiente literario latinoamericano en París. En la tercera parte del estudio se interesa por el registro y la valoración de la literaridad, en concreto de los personajes cosmopolitas y mediadores de la difusión de la literatura latinoamericana, por ejemplo de Remy de Gourmont, Jean Cassou o Roger Caillois, así como de instituciones y organismos importantes como la Casa de América Latina o el Centro Nacional del Libro. Termina su estudio mencionando las particularidades de la traducción en este proceso subrayando también las influencias contradictorias de las revistas como *NRF* o *Europe*.

Visto a partir de hoy, parece tal vez un poco anacrónico el elogio del papel de París dentro de la construcción de la literatura latinoamericana. Pero si se lee el texto detenidamente, se notan algunos vectores que ya dejan vislumbrar el fin de tal influencia, por el mero hecho de la transformación del discurso de la globalización o del impacto de las ediciones españolas en el siglo XXI. No obstante estas nuevas tendencias, el sistema parisino de la consagración cultural y la orientación hacia una universalidad literaria no parecen haber perdido toda su fuerza de atracción.

Klaus-Dieter Ertler

Rita Gnutzmann: *Novela y cuento del siglo XX en el Perú*. Prólogo de José Morales Saravia. Alicante: Universidad de Alicante (Cuadernos de América sin nombre, 21) 2007. 292 páginas.

Francisco José López Alfonso: *“Hablo, señores, de la libertad para todos”*. López Albújar y el indigenismo en el Perú. Prólogo de José Carlos Rovira. Alicante: Universidad de Alicante (Cuadernos de América sin nombre, 17) 2006. 196 páginas.

Leonardo García Pabón: *De Incas, Chaskañawis, Yanakunas y Chullas. Estudios sobre la novela mestiza en los Andes*. Prólogo de Virginia Gil Amate. Alicante: Universidad de Alicante (Cuadernos de América sin nombre, 19) 2007. 186 páginas.

Estelle Tarica: *The Inner Life of Mestizo Nationalism*. Minneapolis/London: University of Minnesota Press (Cultural Studies of the Americas, 22) 2008. XXX, 240 páginas.

Sea dicho, de antemano, que hay pocos estudios acerca de la literatura peruana que reúnan, como lo hace el de Rita Gnutzmann de modo tan enriquecedor, esas dos cualidades: por un lado, proporciona una vista panorámica acerca de la narrativa desde el modernismo y criollismo hasta la literatura de la violencia de los últimos lustros, aquí con particular énfasis en el género policíaco o negro; por el otro, la autora no se atiene a un –siempre discutible– canon de obras, “un acervo fijo, monumental y ejemplar” (p. 21), sino que se fijó la meta de mostrar justamente lo que sería paradigmático para la literatura peruana (y otras literaturas nacionales): “la diversidad, la simultaneidad de diferentes tendencias, la recurrencia y evolución de temas, los cam-

bios estéticos, nuevos géneros incorporados de la cultura de masas” (pp. 20 s.). Ante la profusión de autores y obras que de algún modo pueden ser considerados como representativos de esa diversidad, Gnutzmann tenía que proceder a una selección, según ella siempre problemática, selección que, sin embargo, resulta tan convincente como su decisión de restringirse a analizar para cada autor, amén de datos imprescindibles acerca de la situación socio-política en la que éste se sitúa, tan sólo una obra, con indicaciones adicionales en cuanto a otras publicaciones del autor en cuestión.

El primer capítulo (“El nuevo siglo: modernismo – criollismo – vanguardia y ‘retaguardia’”) arranca de la situación política e ideológica que se presenta en el Perú después de la derrota sufrida en la Guerra del Pacífico, panorama presentado de modo sucinto y esclarecedor. El método seguido por la autora en el conjunto de su estudio se revela aquí particularmente provechoso: se centra en una serie de obras ejemplares, analizando tanto los temas y conflictos como la estructura y las técnicas narrativas empleadas. En ocasiones relata con un detenimiento algo excesivo, el curso de la acción, prescindible para el lector familiarizado con los autores en cuestión, no obstante útil para el lector novato. Resultan aquí (como también en otros capítulos) de particular interés las relaciones que se establecen entre obras de distintas épocas y debidas a distintas circunstancias: por ejemplo, el parentesco entre la novela *Duque* (1934) de José Diez Canseco, novela vanguardista y “la primera novela de la gran ciudad” (p. 45), con *Un mundo para Julius* de Alfredo Bryce Echenique, cuya publicación en 1970 contribuyó a crear un nuevo interés por la novela de Diez Canseco, prácticamente olvidada desde hacía décadas.

El segundo capítulo está dedicado a la “Literatura indigenista”: desde el debate

inicial de los años veinte, pasando por la imagen milenarista de Luis E. Valcárcel, el exotismo de Ventura García Calderón y los cuentos de Enrique López Albújar, para centrarse en las figuras más representativas del movimiento: Ciro Alegría, con *El mundo es ancho y ajeno* (1941); José María Arguedas, con *Los ríos profundos* (1958); Eleodoro Vargas Vicuña, con sus cuentos recopilados en 1976 bajo el título *Ñahuin*; Manuel Scorza, con *Redoble por Rancas* (1970), la primera entrega de su pentalogía “La guerra silenciosa”; y, finalmente, los cuentos de Óscar Colchado, publicados a partir de los años ochenta y prueba de que “[e]n contra de la opinión de algunos críticos, la corriente indigenista o neoindigenista no se ha agotado” (p. 115). El método de la autora, que consiste en restringir su análisis a una obra de cada autor –con referencias sucintas a otras– se revela muy apropiado para Manuel Scorza o Ciro Alegría; sin embargo, para José María Arguedas lleva a una visión reducida tanto del enfoque del autor como del alcance de su obra. Muy atinadamente, Gnutzmann destaca la ampliación espacial y temática que va desde los cuentos de *Agua* (1935) y la novela *Yawar fiesta* (1941) situados en un ambiente pueblerino de la sierra, pasando por la capital de provincia en *Los ríos profundos* hasta abarcar la realidad de los serranos que migraron a la costa, en *Todas las sangres* (1964) y *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (1971), la última novela, inacabada, de Arguedas. Hubiera sido oportuno, en ese caso (como se hará con varios autores en los capítulos siguientes), salirse de la regla y dedicar algo más que dos líneas a *Todas las sangres*, novela que según mi opinión podría reivindicar la condición de ser “la obra maestra del autor” con el mismo derecho que *Los ríos profundos* (p. 85).

En los dos capítulos siguientes (“La ‘Generación del 50’” y “Renovación e

internacionalización”) se presentan a los autores que ya no están ligados al mundo andino ni preocupados por la cuestión de la identidad nacional, entrando la literatura peruana con la “Generación del 50” –Enrique Congrains Martín, Oswaldo Reynoso, Sebastián Salazar Bondy y Carlos Eduardo Zavaleta– “de lleno en la modernidad” (p. 121), tanto por las técnicas narrativas como por los temas recurrentes, que “enfrenta[n] al lector con una Lima ‘horrible’”, con “la alienación y la incomunicación del hombre metropolitano; la hipocresía y los prejuicios sociales y raciales; la violencia gratuita; la degradación y el desengaño de los inmigrantes” (p. 141). A Julio Ramón Ribeyro, Mario Vargas Llosa y Alfredo Bryce Echenique se dedica un capítulo aparte, uniéndoles “el hecho de haber salido tempranamente del Perú y de haberse convertido en los escritores peruanos internacionalmente reconocidos” (p. 147). Al mismo tiempo son calificados como aquellos autores que “conciben la literatura, en primer lugar, como un ejercicio de creación verbal”, siendo Vargas Llosa y Bryce Echenique, según Gnutzmann, los que “han elevado la novela peruana al más alto nivel técnico” (p. 147).

Los dos últimos capítulos (“Eclosión y diversificación: Novela y cuento desde los años 70” y “Literatura de la violencia desde los años 80”) dan una orientación acerca de las tendencias que determinan la literatura peruana de los últimos decenios, empeño difícil, como se subraya, ante tanta diversidad de enfoques, géneros, influencias y preferencias personales de los mismos autores. Esa diversidad comprende las novelas experimentales de Jorge Eduardo Eielson, “autor inclasificable” (p. 204); relatos y novelas (poco conocidos) de autores negros (Antonio Gálvez Ronceros, Gregorio Martínez), judíos (Isaac Goldemberg), chinos y japoneses (Siu

Kam Wen, Augusto Higa Oshiro); la “novela total” de Miguel Gutiérrez; las novelas autobiográficas a modo de un *bildungsroman* de Edgardo Rivera Martínez y Laura Riesco; el *dirty realism* de la novela JUM (joven, urbano, marginal) con Óscar Malca como su representante más destacado; la preocupación metaliteraria en Iván Thays (y otros). Resultan ser de un interés particular esas tres tendencias o géneros: por un lado la novela de la barriada, “historia de lucha y resistencia” (p. 219), con *Patíbulo para un caballo* (1989) de Cronwell Jara, novela considerada por Cornejo Polar y James Higgins como “épica de fundación” en cuanto a la lucha “de los pobres, de origen mestizo y provinciano que reclaman su lugar en la historia del Perú” (p. 223); por el otro, el género muy popular de la novela policíaca o detectivesca o negra con una pléyade de autores: Mirko Lauer, Jaime Bayly, Alonso Cueto, Santiago Roncagliolo y otros; y, finalmente, la novela de la violencia, reflejo del “tiempo del miedo” que fueron los años ochenta (Fernando Ampuero, Vargas Llosa con *Lituma en los Andes*, Gabriel Uribe, Félix Huamán Cabrera, Pilar Dughi...).

Estos últimos dos capítulos (que por la afinidad de los enfoques y temas tratados bien hubieran podido ser reunidos en uno solo) dejan entrever cuán difícil y provisional resulta ser todo ensayo de una apreciación justa de tendencias y de valores literarios cuando se trata de una producción tan reciente. Rita Gnutzmann es muy consciente de ese dilema y no pretende darnos un panorama y menos aún un nuevo canon definitivo. Pero facilita al lector el acceso a una diversidad inaudita de obras y autores, muchos de ellos poco conocidos, transmitiendo a ese mismo lector su propio entusiasmo, el que se siente a lo largo del libro y el que confiesa, haciendo suya la motivación de James Hig-

gins para un libro suyo: “The motivation behind this book is quite simply a wish to share with others my personal enthusiasm for Peru and its literature [...] persuading at least a few readers that Peruvian literature has much to offer” (cit. p. 25).

El libro de Francisco José López Alfonso acerca de Enrique López Albújar es un muy buen complemento al estudio de Rita Gnutzmann: no sólo porque trata más en detalle la obra cuentística del autor peruano, sino también —y aquí radica el mayor mérito de López Alfonso— por haberla situado en el contexto ideológico de la época y haber retomado la polémica que se desató a partir de los años ochenta alrededor del presunto “racismo” de los *Cuentos andinos*. El título del libro remite a una (algo más larga) cita de un discurso de González Prada: “Hablo, señores, de la libertad de todos, y principalmente para los más desvalidos” —como constata José Carlos Rovira en el prólogo, discurso “que sirve como parteaguas ideológico de la cuestión indígena en Perú” (p. 12). Unas cien de las doscientas páginas del libro están dedicadas a confrontar las diversas corrientes ideológicas que giran alrededor de la cuestión del indio, enfocando los tres proyectos nacionales predominantes, junto con sus presupuestos socio-históricos: el hispanismo (Víctor Andrés Belaúnde), el indigenismo (José Carlos Mariátegui) y el mestizismo (Jorge Basadre). El panorama de la época que López Alfonso desdibuja con precisión y un estilo ameno a la vez, resulta aún más sustancioso donde entran en escena políticos e ideólogos como Haya de la Torre, el historiador José de la Riva Agüero y literatos como Valcárcel y García Calderón o personajes poco conocidos como Uriel García e Hildebrando Castro Pozo, que proponían, con los conceptos del “nuevo indio” y del “indio-mestizo”, proyectos y modos diferentes “de percibir al indígena

y sus relaciones con mestizos y blancos” (p. 33). Se completa ese largo primer capítulo con algunas anotaciones acerca de la narrativa indigenista publicada en *Amauta*, revista fundada y dirigida por Mariátegui, quien (en sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*) dejaba bien claro que el indigenismo literario no era una moda sino que traducía “un estado de ánimo, un estado de conciencia del Perú nuevo” (cit. p. 103).

Los siguientes tres capítulos dedicados a López Albújar tratan, de modo algo aleatorio, de diversos aspectos de la cuentística del peruano, notándose aquí la falta de un proyecto o un enfoque común—hecho que se debe a que estos capítulos fueron publicados anteriormente y de modo separado—. Resaltan las informaciones acerca de la polémica que se desató por la imagen “criminalizada” del indio que se le imputaba a López Albújar, polémica en la que intervinieron, entre otros, José Ángel Escalante, Mariátegui, Luis Alberto Sánchez y hasta Cornejo Polar, quien (en *Literatura y sociedad en el Perú: la novela indigenista*) subraya que la imagen del indio tal como aparece en los cuentos de Albújar es fruto de “su experiencia como juez: experiencia que, como es obvio, no sólo recorta los límites de su conocimiento sino que fuerza una perspectiva general sobre el asunto” (cit. p. 129). Por otro lado, como sostiene López Alfonso en defensa de López Albújar, la percepción del indio en los *Cuentos andinos* y los *Nuevos cuentos andinos* no pecaría del “populismo” frecuente según él en los escritores indigenistas “que hacen del indio el portador de los valores auténticos y de las mejores virtudes frente a la corruptora civilización occidental, un ente tan abstracto como la Humanidad o el Bien” (p. 140).

En su estudio acerca de la “novela mestiza” en los países andinos, Leonardo

García Pabón, en su primer capítulo que le sirve de introducción y de conceptualización de lo “mestizo”, arranca del Inca Garcilaso, quien fuera el primero en articular y reivindicar una subjetividad mestiza “a partir del propio mestizo”: subjetividad dotada con “una posición cultural privilegiada para la comprensión de los dos mundos de los que se nutre: el indígena y el español” (p. 20). García Pabón se apoya en su argumentación en dos aspectos. Uno es el cambio de nombre de Suárez Gómez de Figueroa en Garcilaso de la Vega el Indio primero, e Inca Garcilaso de la Vega después, gesto (según el autor) con el cual el personaje define “la identidad que quiere que sea la suya: un mestizo y un aristócrata en dos sociedades” (p. 26). El segundo momento lo constituye la historia del Inca Viracocha tal como Garcilaso la relata en los *Comentarios reales*, donde la imagen del Dios fantasma remite a otra tradición religiosa, occidental ésta, creando Garcilaso de esa manera “su propia genealogía mestiza, hecha con las tradiciones religiosas de las dos culturas” (p. 28).

La selección de las novelas analizadas en los capítulos sucesivos, es justificada por ser ellas, según el autor, “las más representativas del tema del mestizaje en autores que son generalmente catalogados como indigenistas” (p. 32): *La Chaskañavi* (1947) del boliviano Carlos Medinaceli, *Yanakuna* (1952) del también boliviano Jesús Lara, y *El Chulla Romero y Flores* (1958) del ecuatoriano Jorge Icaza. Con la novela *La quena* (1848) de Juana Manuela Gorriti, argentina de nacimiento que pasó gran parte de su vida adulta en Bolivia y Perú, se añade la obra de una autora que se asocia no con el indigenismo del siglo xx sino, como novela “fundacional”, con el proyecto postindependentista de la construcción de la nación. Lo que vale para todas es que son “indagaciones profundas de las condiciones sociales e histó-

ricas en/contra las que el personaje mestizo construye su identidad” (p. 35).

Contrario a los estudios ya reseñados, el de Estelle Tarica, *The Inner Life of Mestizo Nationalism*, abarca la cuestión del indio y del indigenismo tanto en los países andinos como en México, enfocándola de modo muy particular. Su argumentación arranca de dos citas, una de José María Arguedas (*Canto Kechwa*, 1928): “Lo indígena está en lo más íntimo de toda la gente de la sierra del Perú” (cit. p. XIII); la otra, de Luis Villoro (*Los grandes momentos del indigenismo en México*, 1950): “El indio está en el seno del propio mestizo, unido a él indisolublemente [*sic*]. Captar al indígena será, por tanto, captar indirectamente una dimensión del propio ser” (cit. p. XXI). “The inner life”, apostrofado en el título, se relaciona tanto con el individuo como con la nación, constituyendo el indigenismo “a kind of soulful communion between the individual self and a racialized time-space [...], a time-space that regional intellectuals were then in the process of making symbolically coextensive with the nation itself” (pp. XIII s.). Lo que la autora señala como “indigenismo íntimo” se refiere por lo tanto al sentimiento de una afinidad interétnica, “an interior sphere of Indianness that non-Indians share with Indians, a sphere that forms the basis of mestizo nationality” (p. XX).

Para rastrear el indio *within* Tarica analiza ficciones autobiográficas de tres autores, siempre completando y contrastándolas con otros testimonios autobiográficos: la novela *Surumi* (1943) del boliviano Jesús Lara, *Los ríos profundos* (1958) del peruano José María Arguedas, y *Balún Canán* (1957) de la mexicana Rosario Castellanos. A través de su análisis pormenorizado e inteligente, la autora pone de manifiesto cuán intrincado y ambiguo resulta ese proceso de “intimar” con el “alma india”; y apoyándose en un conoci-

miento profundo de los contextos nacionales respectivos, Tarica no descuida en absoluto la filiación político-ideológica del movimiento indigenista, destacando que el indigenismo “íntimo” de los autores en cuestión “remained anchored in the broader indigenista project of consolidating modern state power and played a role in generating the emotional appeal crucial to the consolidation of populist hegemonomies” (p. 189).

Frauke Gewecke

Javier Roberto González et al.: *Borges/Cortázar. Penúltimas lecturas*. Buenos Aires: Circeto 2007. 180 páginas.

Este librito, que se presenta aparentemente modesto por dimensión, contiene, al contrario, mucha sabiduría. Ya la intención de enfrentarse los autores de los ensayos recogidos con dos grandes de la literatura no solamente argentina, sino mundial, después de lo mucho que se ha escrito sobre ellos, hubiera podido parecer un atrevimiento. ¿Qué más se podía decir sobre Borges y sobre Cortázar, dos autores tan diversos, uno un dios universalmente venerado, el otro estimado y discutido? Pero, ¿qué más se puede decir sobre Cervantes? Y sin embargo, se sigue escribiendo sobre él y su obra, frecuentemente con resultados realmente significativos. Observación lapidaria, a no ser que el crítico se acerca siempre, instintivamente, con cierta desconfianza a libros que se presentan como “Penúltimas lecturas”, pensando que las valederas ya se han hecho y en el futuro poco hay ya que decir. Lo cual significaría que la literatura es fruto de un momento, pasado el cual ya no tiene nada más que decirnos. Y eso es imposible.

Largo prólogo para comenzar el elogio del libro *Borges / Cortázar*, empresa de varios autores, serie de ensayos que profundizan en la obra de los dos autores argentinos y enriquecen con nuevas valoraciones la dimensión de su creación artística. Casi doscientas páginas preciosas, donde el conocedor de Borges y Cortázar se encuentra plenamente a su gusto, evocan anteriores lecturas críticas, sus propias valoraciones y reacciones frente a la obra de ambos y añade continuamente la riqueza de puntos de vista nuevos, muchas veces insospechados, que le hacen reflexionar.

Es el caso, por ejemplo, del ensayo de Javier Roberto González acerca del “Poema conjetural” de Borges. El crítico parte del verso dantesco del Purgatorio, “fugando a piede e ‘nsanguinando il piano”, que el autor argentino introduce en su poema –“Como aquel capitán del Purgatorio / que, huyendo a pie y ensangrentando el llano [...]”– a propósito de la muerte del doctor Francisco Laprida, asesinado el 22 de septiembre de 1829 por los montoneros de Aldao. Partiendo del examen de este breve texto el estudioso reconstruye una compleja historia de la nación argentina, de la naturaleza misma del argentino, viendo condensar en él “el entero sentido del poema borgeano”, con todas sus implicaciones reflexivas en torno al destino y la muerte, abogando sin embargo por “otro destino sudamericano donde la evocación de un verso de Dante en Borges sea apenas un erudito y fútil ejercicio de comparatismo literario y no ya, como hasta aquí, el doloroso y ceñido reconocimiento de nuestras impotencias y frustraciones” (p. 37).

Es éste solamente un ejemplo de cómo la literatura siempre lleva a una problemática más amplia, lo que se manifiesta también en los demás ensayos: el de Valeria Melchiorre acerca de “reescrituras, des-

plazamientos y torsiones” en la producción de Borges después de los años 20, fundamento de su estética, distinguiendo entre primera y segunda época; de Magdalena Cámpora sobre “Onomástica y causalidad en *La muerte y la brújula*”, donde pone de relieve la cadena borgeana de causalidades, siempre imprecisas, arbitrarias, “que culminan en efectos que les son absolutamente ajenos, consumando de esta manera la implosión del concepto tradicional de causa” (p. 68).

A este conjunto de ensayos relevantes siguen los dedicados a Cortázar, más numerosos, ya que son cinco, lo que demuestra la permanente actualidad del escritor para la crítica argentina, frente al ya clásico Borges. Mariano García dedica un interesante estudio a la “doble iniciación” del escritor, analizando las influencias literarias en la breve novela póstuma *Divertimento*, primer intento novelístico de Cortázar, útil para explicar su evolución posterior. María Lucía Puppo examina la presencia de las figuras femeninas en la narrativa cortazariana, remontando a la Ofelia de Shakespeare. El Cortázar poeta es objeto de la investigación de María Amelia Arancet Ruda, quien subraya a través de su obra el “divertido humor lúdico”, el “acongojado lamento de distancia”, una poesía “casi siempre emotiva, muy atada a lo personal, mucho más que otras ficciones” (p. 130).

Por “el libro-objeto” se interesa María Victoria Riobó, quien examina las estrategias paratextuales en libros como *La vuelta al día en ochenta mundos* y *Último Round*. En fin, Mariana Di Cío trata de “la escritura bajo nivel y tal vez un movimiento”, examinando “Manuscrito hallado en una botella”, de *Octaedro*, y “Texto en una libreta”, de *Queremos tanto a Glenda*, textos que, como ella concluye, “proponen y al mismo tiempo construyen una mirada desde el reverso de la hoja.

Una lectura de las nervaduras invisibles y tentaculares que la sustentan. Un ida y vuelta a la creación a través del descenso al metro, del desplazamiento a ese espacio otro donde el punto de partida es siempre punto de llegada, y viceversa. Un ida y vuelta a ese espacio subterráneo donde los movimientos rítmicos y sinuosos que propone el metro transforma a los dos cuentos en ‘bumerang del verbo que retorna a la mano y a los ojos’” (p. 175).

Lecturas varias, inteligentes, que amplían la dimensión de los dos autores, escogidos no para oponerlos, sino para de cierta manera integrarlos, como documento de dos distintas épocas, de dos autores que, a pesar de sus diferencias peculiares no han dejado de tener puntos de contacto y que en la madurez de uno, Borges, y en el inicio de otro, Cortázar, hasta se han dado la mano. Justamente la coordinadora del libro, María Victoria Riobó, pone el acento sobre el propósito de “ofrecer nuevas miradas acerca de dos literaturas que, ya terminado el siglo, no dejan de plantear nuevas interpretaciones que difícilmente agoten la lectura y que evidencian igualmente las fecundas relecturas que todavía nos proponen y nos seguirán proponiendo sus obras” (p. 9). Por eso, “penúltimas lecturas”.

Giuseppe Bellini

Alberto Giordano: *El giro autobiográfico de la literatura argentina actual*. Buenos Aires: Mansalva 2008. 93 páginas.

Ya en la primera página de su último libro, *El giro autobiográfico en la literatura argentina actual*, Alberto Giordano explicita una intención sin duda polémica: “El giro autobiográfico de la literatura argentina actual es una fórmula que perge-

ñé, a imitación de otras semejantes, no sólo para identificar una tendencia del presente que me sirviera de tema de investigación y escritura, sino también para atraer la atención del periodismo cultural sobre mi trabajo” (p. 7). Se pone en escena así una de las problemáticas centrales del libro: la tensión entre la crítica académica y lo que podríamos resumir como el periodismo cultural. Una tensión entre dos lenguajes, el propio estilo y el lenguaje comunicacional, pero también entre dos públicos, entre dos modos de apelar a los otros, entre dos deseos. Tal vez, justamente en un libro que nos dice y nos reitera que la intimidad aparece en el quiebre casi inaprensible de la autfiguración autoral, deberíamos desconfiar de una afirmación tan contundente. Y, sin embargo, la brevedad de los ensayos, los límites móviles de la hipótesis, el manejo estratégico de la teoría, el carácter de intervención y la consolidación de la aparición de un yo que exhibe rasgos autobiográficos, que se había hecho más evidente en *Una posibilidad de vida* (2006) pero que ahora se vuelve elemento fundamental del ensayar, nos permite pensar que hay algo de verdad en ese deseo escrito.

El material parece que debe ser contemporáneo ya que para polemizar no hay nada mejor que la inestabilidad de lo actual: el abordaje de una serie de escrituras recientes que se construyen sobre la experimentación con lo autobiográfico y cuya multiplicación supondría una nueva tendencia en las letras argentinas. El riesgo es convertirse en agitador, en vez de en polemista. Y es aquí donde podemos pensar el ensayo como mediador entre el deseo de un público y el ejercicio académico. Pero no por el carácter comunicacional que puede cifrarse en esa forma, afirmar esto sería desoír las objeciones que el autor exponía en *Modos del ensayo: de Borges a Piglia* (2005). Sino, antes bien, porque en

la medida en que el ensayo supone para Giordano un constante interrogar de la escritura permite la intervención al mismo tiempo que, si se lo defiende como una ética, hace que los conflictos que plantea el libro no se conviertan en preguntas retóricas, meros alborotadores culturales, sino en verdaderos problemas a los que la escritura debe enfrentarse. Así, el ensayar del crítico recorre amorosamente los textos de los “dandis de la época de la reproducción masiva”: el “encanto” de los textos de Raúl Escari, que dejan de lado el impulso testimonial o el de denuncia para hacer de la inocencia una fuerza; la ambigüedad de los textos reunidos en *Confesionario*; las confesiones engañosas de Daniel Link, que evaden la verdad para centrarse en la posibilidad de la experiencia; los modos en que los textos de María Moreno logran estar siempre entrando a la cultura; y el “efecto de vida” que produce *Omnibus* de Elvio Gandolfo. A este recorrido se suman dos ensayos de Nora Avaro, incluidos como apéndices al final del libro, sobre las escrituras de Alan Pauls y María Moreno que, en fecundo diálogo con el autor principal, exploran lo novelístico de la frase del primero y la particularidad del yo viajero de la segunda.

Pero, como es frecuente en los ejercicios críticos de Giordano, la reflexión sobre cada una de estas escrituras supone, al mismo tiempo, un abordaje de problemas que llevan más allá de lo particular, hacia la teoría, pero sin perder aquello singular que motivó en un primer momento la lectura. Por una parte, se formulan interrogantes específicos, que vuelven a poner en primer plano intereses previos del autor: entre ellos, fundamentalmente, qué entendemos por intimidad y cómo y en dónde leer sus manifestaciones siempre ambiguas, en la medida en que para el autor la intimidad se hace presente en la escritura como aquello que pone al escri-

tor en contacto con algo que lo distancia de sí mismo y que lo priva del refugio seguro de la identificación, algo que hace que la diferencia entre lo íntimo y lo privado no sea de grado sino de lógica. Pero también mediante este movimiento se abordan otros ejes que concretan la intervención directa (y necesaria) en las discusiones sobre el carácter de la literatura argentina actual. ¿En qué lugar con respecto a la autonomía que supuestamente definía a la literatura anterior, se encuentran estas escrituras que bordean lo autobiográfico y en las que se hace difícil distinguir qué es ficción y qué es realidad?; ¿cuáles son los límites en los que el yo se acerca más a la lógica banal del espectáculo que a lo inaprensible de lo literario?

Si seguimos lo afirmado por Giordano en el “Epílogo” de *Una posibilidad de vida: escrituras íntimas* (2006), muchos de estos problemas no son sólo metodológicos o teóricos sino también éticos, un término que para algunos puede resultar anacrónico pero que el crítico se resiste explícitamente a abandonar. Alcances éticos tienen las reglas que se impone Raúl Escari para su escritura; ético es el ejercicio que se realiza al enfrentar el yo a su propia descomposición; ética es la eficacia del pudor. Y es aquí que, ya casi como si se lo hubiera olvidado, aparece Roland Barthes. Porque es en la intensidad que alcanza la puesta en primer plano del yo, y no en las funciones morales o testimoniales que en general se les han atribuido a los textos autobiográficos, en donde hay que pensar el “nervio político” de estas escrituras. Así, Giordano separa constantemente aquellas escrituras que se entregan a la “espectacular banalización de la experiencia” (p. 26) de aquellas que logran someterse a la “experiencia transformadora de lo íntimo” (p. 26), y esta distinción implica, sin duda, correr un riesgo. En su “elogio de la teoría literaria como pers-

pectiva”, desarrollado también en *Una posibilidad de vida: escrituras íntimas*, Giordano afirmaba que el problema con el uso de conceptos teóricos surgía si se apelaba a ellos para “autorizar la reproducción del pensamiento” (p. 206). Ahora bien, cuando los conceptos se utilizan para reflexionar directamente, como en este caso, sobre el valor y la eficacia de algunas escrituras frente a otras, por más que se los esté utilizando para pensar y no para autorizar, siempre se corre el riesgo de ejercer violencia. Y en la asunción de ese riesgo, y en el sortearlo exitosamente, se lee un olvido fecundo de lo aprendido en Barthes.

Ya en sus libros anteriores, Giordano había puesto en primer plano una ética de la escritura académica, modos de escribir para evitar y perforar la lógica del mercado de las tesis. Ahora, con *El giro autobiográfico de la literatura argentina actual* el crítico asesta un golpe en el circuito más amplio de los suplementos culturales, sin perder especificidad ni complejidad pero sí construyendo una comunicabilidad siempre ambigua a través del divagar de su escritura. Y es en lo que dice sobre esos dandis pero también en el riesgo que se asume en el acto que lo construye a él mismo como figura, en lo que se cifra el valor (porque de eso es de lo que estamos hablando y de lo que habla el libro) de este último ensayo de Alberto Giordano.

Mariana Catalin

Gabriela Stöckli: Héctor Tizón. El arte de prescindir. Buenos Aires: Paradiso 2007. 203 páginas.

Los escenarios del universo narrativo de Héctor Tizón suelen coincidir con la

región de origen del novelista, el noroeste argentino. Esa elección ha llevado a algunos críticos a suponer que se trata de un mundo “pequeño”, provinciano casi, impenetrable a los envites del progreso y al empuje de la modernidad. Craso error: su narrativa es rabiosamente universal, trata de las pérdidas, la memoria, el exilio y la melancolía.¹ La escritura es la respuesta a esa renuncia obligada, el “tejido” (texto y tejido tienen la misma etimología) que nace de las pérdidas, el desarraigo y el confinamiento del recuerdo y de la añoranza. Una escritura que la autora del espléndido libro que reseño recoge bajo fórmula precisa y elocuente en el marbete del subtítulo: “El arte de prescindir”. Prescindir tiene aquí el sentido de renuncia, de angustia ante la imposibilidad de decir lo indecible en tiempos de silencio impuesto, de amenazas y persecuciones, de muertes. (La novela mencionada en nota al pie fue escrita sustancialmente entre 1976 y 1983, los años de los gobiernos y horrores de las juntas militares, incluida la infamante capitulación del 14 de junio, broche final de la desangelada guerra de las Malvinas y penúltimo eslabón de la larga cadena del descrédito de los autoproclamados “salvadores” de la patria.) Son precisamente la coyuntura política y el terror que atenaza el entero país los que avientan al protagonista más allá de las fronteras de su propia nación y de su propio yo.

Integrado por cuatro ajustados y cuajados capítulos, el libro muestra, mediante el análisis de la entera producción novelesca del autor (un corpus de nueve nove-

¹ En la página 105 de *La casa y el viento* (1984), novela escrita en el destierro, leemos: “Durante toda mi vida las mudanzas de lugares estuvieron ligadas en mí, no a la curiosidad, ni a la esperanza o el asombro, sino a las pérdidas y la melancolía”.

las) las correspondencias intrínsecas de una obra de asombrosa coherencia poética. Una coherencia que le asigna al autor un lugar señero e inconfundible en la literatura argentina contemporánea por la sobriedad y los lugares de memoria que animan sus textos. Inconfundible porque se sitúa en las lindes mismas de los márgenes, desde una actitud alejada de las corrientes mayoritarias; una postura excéntrica que no se debe a la lejanía periférica de su lugar de origen, Yala, Jujui, sino a la convicción de que es absolutamente necesario dar protagonismo a los olvidados por la historia, de narrar lo indecible.

El primer capítulo de la monografía de Gabriela Stöckli se acerca al contexto en el que Tizón escribe y se inscribe y del que se nutre su literatura. El segundo versa sobre la “disolución del tópico del viaje” y la “condición humana entendida como exilio”. El tercero estudia las voces de la narración y los itinerarios y configuraciones de sus meandros al socaire de una aparente oralidad literaria, que la estudiosa define como acto o “arte de prescindir”. El último capítulo analiza la voz cual síntoma y símbolo de los elementos capitales de su poética y piedra angular de las configuraciones de la ausencia: la nostalgia.

Resume bien la autora, en la página introductoria, móvil, significado del título y objetivos de su estudio, en la que a su vez adelanta las conclusiones: “El acto de prescindir puede ser tanto un acto libre de optar por desinteresarse de algo como también la resignada constatación de no poder alcanzar un objeto [...]. El objeto de prescindencia puede ser tanto un objeto desechado como [...] un objeto deseado” (p. 15). Especialmente pertinente es la comparación de los personajes de Tizón con los de Felisberto Hernández, Virgilio Piñera y Juan Rodolfo Wilcock, y la seña-

lación de las diferencias; personajes complejos, entre cuyas características destacan la falta de voluntad de trascendencia, el deseo por conocerse a sí mismos, el continuado empeño en la introspección y el vacío metafísico, que suele sorprenderlos en sus desangelados quehaceres cotidianos.

En suma: una cabal y bien calibrada monografía sobre un autor que narra tragedias (a veces disfrazadas de peripecias supuestamente “menores”) de los moradores de una tierra “dura, antigua y pesada” que, sin embargo, “atrapa el alma”. El alma del escritor, primero, y de los lectores, después. Lectores deslumbrados por el modo de tratar la soledad y el desamor, los exilios de los que se fueron y de los que se quedaron; lectores impresionados por la manera desprendida con que el escritor se pone al servicio de la desdicha, dificulta el sueño a los verdugos y nos hace percibir desde la ligereza y la fragilidad del lenguaje que el “único vínculo” perenne entre los mortales es, dicho sea en palabras de Héctor Tizón, “el entusiasmo, no el decálogo”. Gabriela Stöckli pone a disposición de los interesados un libro necesario y bien escrito; un libro muy logrado, en el que la autora entra con pie derecho en una obra insólita, relevante y de difícil exégesis.

José Manuel López de Abiada